

Violencia escolar: revisión sistemática de factores de riesgo, manifestaciones y estrategias de intervención

Rosa Hivane Liviapoma Timoteo*
<https://orcid.org/0000-0002-4748-3949>
rhliviapomal@ucvvirtual.edu.pe
Universidad César Vallejo
Piura, Perú

*Autor de correspondencia: rhliviapomal@ucvvirtual.edu.pe

Recibido (09/07/2025), Aceptado (19/10/2025)

Resumen. La violencia escolar es un fenómeno complejo con efectos significativos en el bienestar, la convivencia y el desempeño académico estudiantil. Esta revisión sistemática, guiada por los lineamientos PRISMA 2020, examinó 65 estudios publicados entre 2018 y 2024 para identificar factores de riesgo, expresiones del problema y enfoques de intervención. Los resultados indican que variables individuales como baja autoestima, impulsividad y dificultades en la autorregulación emocional se articulan con dinámicas familiares caracterizadas por violencia intrafamiliar y supervisión limitada, aumentando la probabilidad de conductas agresivas. Asimismo, se identificaron el clima escolar negativo y la exposición comunitaria a entornos violentos como predictores consistentes. Las principales manifestaciones registradas fueron violencia verbal, psicológica y ciberacoso. Las intervenciones más efectivas integraron programas de educación socioemocional, mediación escolar y políticas institucionales sostenidas. Los hallazgos resaltan la importancia de estrategias preventivas e integrales que involucren a toda la comunidad educativa.

Palabras clave: violencia escolar, factores de riesgo, intervenciones educativas.

School Violence: A Systematic Review of Risk Factors, Manifestations, and Intervention Strategies

Abstract. School violence is a multifaceted phenomenon with significant implications for student well-being, social coexistence, and academic performance. This systematic review, guided by PRISMA 2020 standards, examined 65 studies published between 2018 and 2024 to identify risk factors, manifestations of the problem, and effective intervention approaches. Findings indicate that individual variables such as low self-esteem, impulsivity, and difficulties in emotional self-regulation interact with family dynamics marked by domestic violence and limited parental supervision, increasing the likelihood of aggressive behaviors. Negative school climate and community exposure to violent environments emerged as consistent predictors. The most frequently reported forms of school violence were verbal aggression, psychological violence, and cyberbullying. Effective interventions integrated socio-emotional education programs, school mediation, and sustained institutional policies. Overall, the evidence highlights the importance of preventive and comprehensive strategies that involve the entire educational community.

Keywords: school violence, risk factors, educational interventions.

I. INTRODUCCIÓN

La violencia escolar se ha consolidado como uno de los desafíos más persistentes y complejos para los sistemas educativos contemporáneos, afectando la salud emocional, la convivencia y el rendimiento académico del estudiantado. Lejos de constituir un fenómeno aislado, la evidencia empírica indica que se desarrolla a partir de la interacción de factores individuales, familiares, escolares y sociocomunitarios, lo que exige un enfoque integrado y multiescalar para su comprensión y prevención. Los estudios actuales muestran que la violencia adopta formas físicas, psicológicas y digitales, cada una con dinámicas particulares que afectan la seguridad y el clima institucional en los centros educativos [1], [2], [3].

En el plano individual, múltiples investigaciones han demostrado que la baja autorregulación emocional, la impulsividad y la presencia de síntomas de ansiedad o dificultades conductuales incrementan la probabilidad de involucrarse en situaciones de agresión, ya sea como víctima o agresor [4], [5], [6]. Estas vulnerabilidades se ven reforzadas cuando existen experiencias previas de victimización, pues se ha identificado que la exposición continua a violencia doméstica o comunitaria aumenta el riesgo de reproducir comportamientos agresivos o de ser revictimizado en el contexto escolar [7], [8], [6]. De manera complementaria, diversos estudios coinciden en que los estilos de crianza autoritarios, la disciplina inconsistente y la escasa supervisión parental constituyen predictores significativos de agresión en la adolescencia [9], [10], [11], [12].

El contexto escolar también desempeña un papel determinante. La literatura evidencia que instituciones con climas positivos, normas claras, cohesión social y participación estudiantil presentan menores niveles de acoso y conductas agresivas [1], [2]. En cambio, la falta de regulación, la débil actuación docente o la ausencia de mecanismos de acompañamiento pueden favorecer dinámicas de intimidación, exclusión y deterioro de la convivencia. Estas condiciones se entrelazan con factores comunitarios más amplios, como la desigualdad territorial, la presencia de violencia estructural o el contacto con agrupaciones juveniles, elementos que influyen en la normalización de la agresión y en la adopción de repertorios violentos por parte del estudiantado [6], [12], [13].

Ante este panorama, la identificación oportuna de los factores de riesgo se vuelve una prioridad. Programas de aprendizaje socioemocional (SEL), estrategias psicopedagógicas, acciones de mediación escolar y modelos de corresponsabilidad educativa muestran evidencia sólida respecto a su efectividad para reducir la violencia cuando se aplican de manera sostenida e integral [13], [14], [15], [3], [16]. Asimismo, enfoques emergentes centrados en la prevención del ciberacoso y en la alfabetización digital adquieren relevancia frente al aumento de agresiones mediadas por tecnologías, subrayando la necesidad de intervenciones adaptadas a los nuevos entornos de interacción [17], [18].

La revisión de estos estudios permite afirmar que la violencia escolar constituye una problemática estructural que requiere respuestas integrales y contextualizadas, fundamentadas en evidencia científica y sostenibles en el tiempo. El fortalecimiento del clima escolar, la promoción del desarrollo socioemocional, la participación de las familias y el abordaje de la violencia en el entorno comunitario se perfilan como pilares esenciales para garantizar entornos educativos seguros y promover el bienestar de los estudiantes.

II. MARCO TEÓRICO

El estudio de la violencia escolar ha evolucionado desde interpretaciones conductuales aisladas hacia marcos explicativos multidimensionales que integran factores psicológicos, sociales, institucionales y comunitarios. En términos estructurales, se reconoce como un fenómeno relacional con impacto en el desarrollo socioemocional, el desempeño académico y la convivencia escolar [9]. Las investigaciones recientes coinciden en clasificarla como una categoría amplia que abarca agresiones físicas, verbales, psicológicas y digitales, cuyo efecto central es la alteración del clima escolar y de la percepción de seguridad entre estudiantes [4].

Desde una perspectiva psicológica, los modelos explicativos enfatizan el rol de la autorregulación emocional, la autoestima y los rasgos impulsivos como predictores significativos de participación en dinámicas de agresión, tanto en condición de víctima como de perpetrador [5]. Los hallazgos también establecen que trastornos emocionales o neuroconductuales, como ansiedad, depresión o TDAH, incrementan la vulnerabilidad al acoso, al afectar el afrontamiento y la percepción de control [10]. Estos elementos permiten comprender el fenómeno como parte de un proceso de aprendizaje socioemocional

incompleto más que como un acto aislado.

La teoría del aprendizaje social y los estudios longitudinales refuerzan la idea de continuidad del fenómeno: experiencias previas de victimización pueden transformarse en patrones cílicos de revictimización o agresión como mecanismo compensatorio de poder [7], [8]. Esta evidencia ha impulsado la necesidad de estrategias preventivas basadas en detección temprana y acompañamiento psicopedagógico estructurado.

En el ámbito familiar, los enfoques sistémicos identifican prácticas de crianza autoritarias, ambientes marcados por violencia doméstica y supervisión parental insuficiente como factores consistentes en la génesis de conductas agresivas en la escuela [6], [12]. El hogar, por tanto, funciona como espacio de modelamiento conductual y regulación emocional, donde la violencia puede normalizarse o prevenirse.

A nivel institucional, los modelos de clima escolar sostienen que la claridad normativa, la justicia percibida, la cohesión social y la participación estudiantil actúan como elementos protectores frente a comportamientos agresivos [1]. Por el contrario, la ausencia de supervisión, la inconsistencia disciplinaria y la percepción de impunidad se configuran como condiciones facilitadoras de violencia escolar [2].

El enfoque ecológico-social complementa esta visión al incorporar el entorno comunitario como componente explicativo. Factores como desigualdad social, presencia de violencia territorial o pertenencia a grupos juveniles aumentan la probabilidad de reproducir conductas agresivas dentro del espacio escolar [19], [20], lo que posiciona la violencia escolar como manifestación de tensiones colectivas más amplias y no únicamente como resultado de dinámicas individuales.

Respecto a las formas de expresión, predominan las agresiones psicológicas y verbales, seguidas por violencia física y ciberacoso, las cuales generan efectos acumulativos sobre la autoestima, el sentido de pertenencia y el rendimiento académico [13]. De manera que, los modelos contemporáneos de intervención han transitado desde medidas punitivas aisladas hacia estrategias preventivas integrales. Los programas de aprendizaje socioemocional y las intervenciones multiactoriales han demostrado mayor efectividad en la reducción de violencia, especialmente cuando se aplican de manera sostenida y sistemática [17], [18], [14], [15], [3], [16]. Este cambio evidencia un desplazamiento hacia perspectivas preventivas, restaurativas y formativas, más alineadas con enfoques educativos inclusivos.

III. METODOLOGÍA

Este trabajo consistió en una búsqueda sistemática de información, con el fin de identificar los posibles vacíos científicos en el área de estudio. Se revisaron documentos de diferentes fuentes, regionales e internacionales, repositorios, bases de datos y buscadores especializados. Se aplicaron identificadores normalizados del Tesauro ERIC, UNESCO y MeSH, mezclados a través de operantes booleanos: “*school violence*” AND “*risk factors*”, “*bullying*” OR “*peer aggression*” AND “*intervention programs*”, “*school climate*” AND “*manifestations of violence*”, “*cyberbullying*” AND “*school-based interventions*”.

Para que los descubrimientos sean válidos y tengan importancia, se establecieron normas de selección que concuerdan con PRISMA (Fig. 1). En este sentido, los criterios de inclusión fueron: estudios publicados entre 2018 y 2024, investigaciones empíricas cualitativas, cuantitativas o mixtas; estudios que abordaran al menos uno de los tres ejes (factores de riesgo, manifestaciones de violencia escolar, estrategias de intervención); que la población estuviera compuesta por estudiantes de educación primaria, secundaria o media superior; y que estuvieran publicados en revistas científicas indexadas.

Por otro lado, los criterios de exclusión fueron: estudios no empíricos (editoriales, ensayos, reflexiones teóricas), investigaciones centradas exclusivamente en violencia universitaria o comunitaria sin conexión con el contexto escolar, artículos sin acceso al texto completo y estudios con deficiencias metodológicas graves detectadas mediante herramientas de riesgo de sesgo (*ROBIS* y *CASP*).

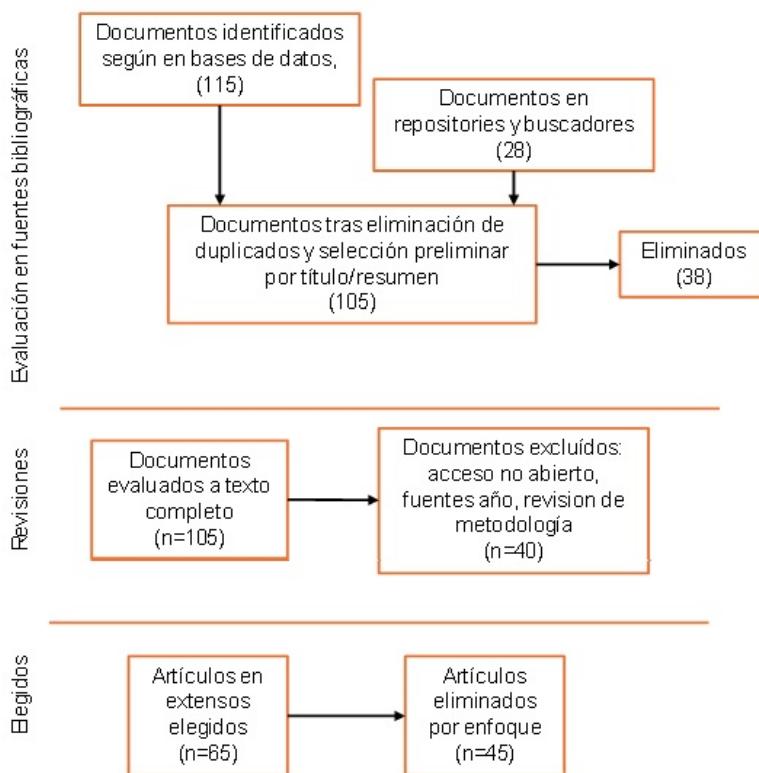


Fig. 1. Diagrama PRISMA de selección de documentos.

Se aplicaron herramientas internacionales según el tipo de diseño: *ROBINS-I* (estudios no aleatorizados), *ROBIS* (riesgo en revisiones), *CASP* (estudios cualitativos) y *Cochrane RoB 2* (ensayos clínicos educativos). Los estudios incluidos presentaron riesgo bajo o moderado, lo que permitió realizar una síntesis confiable.

IV. RESULTADOS

La tabla 1 presenta una clasificación que permite observar no solo la presencia de diversas manifestaciones de violencia escolar en la evidencia seleccionada, sino también su coexistencia dentro de los mismos contextos educativos. La distribución revela que ningún tipo de violencia aparece como fenómeno aislado, lo que refuerza la idea de que la agresión en la escuela se comporta como un sistema interdependiente de expresiones conductuales. En lugar de operar como categorías rígidas, la violencia física, verbal/psicológica y el ciberacoso se entrelazan y se potencian mutuamente, consolidándose como un continuo que atraviesa las dinámicas escolares. Esta interacción sugiere que los entornos problemáticos no solo favorecen la aparición de múltiples formas de agresión, sino que también complican la identificación, la intervención y la evaluación de impacto, especialmente cuando no existen protocolos de monitoreo integral. Por ello, esta primera agrupación funciona como un punto de partida necesario para comprender el alcance y la complejidad de las evidencias analizadas.

Tabla 1. Distribución general de los estudios según tipo de violencia escolar analizada.

Categoría	N.º de referencias	Porcentaje
Violencia física	6	30%
Violencia verbal/psicológica	9	45%
Ciberacoso	5	25%

La clasificación correspondiente a la violencia física (Tabla 2) permitió observar que, si bien este tipo de agresión suele ser la forma más visible y tradicionalmente asociada al fenómeno del *bullying*, su comprensión en la literatura actual se vincula con factores más complejos que trascienden el contacto físico directo. Los estudios incluidos en esta categoría mostraron que la violencia corporal aparece frecuentemente acompañada de dinámicas estructurales como desigualdad, deterioro del clima escolar y ausencia de regulación emocional. Asimismo, la evidencia sugiere que los comportamientos físicos agresivos funcionan como manifestaciones finales de procesos previos no resueltos, entre ellos experiencias de victimización, inestabilidad familiar o deficiencias institucionales en supervisión y normativa. Por ello, esta categoría no solo permite reconocer los eventos agresivos explícitos, sino también entenderlos como resultado de interacciones psicosociales profundas que afectan la convivencia escolar.

Tabla 2. Tipos de violencia encontradas en los estudios revisados

Referencia	Principales aportes
[9]	La crianza autoritativa disminuye agresión física y conductas violentas directas en adolescentes.
[10]	Los estilos parentales negligentes incrementan agresión física escolar.
[11]	La supervisión parental deficiente aumenta la probabilidad de peleas y agresiones físicas.
[4]	Problemas de salud mental predicen participación en agresión física y victimización.
[5]	La desregulación emocional incrementa conducta física agresiva.
[7]	La exposición a violencia intrafamiliar aumenta agresión física infantil.
[1]	Evidencia prevalencia de peleas y agresión física, especialmente en varones.
[14]	Los programas <i>SEL</i> reducen agresión física y mejoran convivencia.

En cuanto a la violencia verbal/psicológica (Tabla 3), se pudo identificar un patrón particularmente relevante para el análisis educativo: estas manifestaciones suelen operar bajo formas sutiles de daño emocional que permanecen normalizadas dentro de la cultura escolar. Los estudios incluidos en esta categoría coinciden en que insultos, exclusión social, rumores o intimidación constituyen formas persistentes de agresión que afectan la autoestima, el sentido de pertenencia y el rendimiento académico, aun cuando no existan marcas visibles. Esto sugiere que las dinámicas relacionales se convierten en un espacio privilegiado para la reproducción de violencia simbólica, especialmente en contextos donde el rol docente y las políticas institucionales carecen de mecanismos explícitos de respuesta. En consecuencia, esta clasificación visibiliza un componente frecuentemente subestimado del fenómeno, pero decisivo para comprender sus efectos a largo plazo.

Tabla 3. Estudios sobre violencia psicológica y emocional

Referencia	Principales aportes
[8]	La violencia psicológica temprana afecta regulación emocional y relaciones posteriores.
[6]	La exposición a violencia doméstica incrementa hostilidad emocional en la escuela.
[12]	Identifica agresión verbal y emocional hacia padres como patrón asociado a desigualdades.
[2]	Un clima escolar deteriorado incrementa insultos, amenazas y hostilidad verbal.
[20]	Un clima positivo reduce agresiones psicológicas y exclusión social.
[13]	Las intervenciones reducen acoso verbal, humillaciones y amenazas.
[16]	Estudia microviolencias, coerción emocional y violencia simbólica.
[4]	Salud mental como predictor de victimización psicológica.
[5]	La disfunción emocional facilita violencia verbal y hostigamiento.
[14]	Disminuyen conflictos emocionales y acoso verbal.

En cuanto al ciberacoso (Tabla 4), la revisión reveló una dimensión emergente del fenómeno, caracterizada por la expansión de la agresión más allá de los límites físicos de la escuela. Los estudios agrupados en esta categoría evidencian que el entorno digital transforma la temporalidad, alcance y permanencia del daño, al permitir la exposición pública, la repetición del mensaje y el anonimato del agresor. A diferencia de las categorías anteriores, esta forma de violencia no depende de la interacción presencial y se ve facilitada por la conectividad constante de los estudiantes. La presencia del ciberacoso en la literatura consultada subraya la necesidad de desarrollar estrategias educativas actualizadas, que

incluyen alfabetización digital crítica, protocolos institucionales claros y corresponsabilidad entre escuela, familia y plataformas tecnológicas. Más que un fenómeno aislado, esta categoría muestra la evolución de la violencia escolar hacia escenarios híbridos.

Tabla 4. Violencia por ciberacoso

Referencia	Aporte específico al análisis del ciberacoso
[17]	Analiza cómo el uso de tecnologías en secundaria puede convertirse en un canal para ejercer violencia psicológica y digital.
[18]	Evaluó formación docente para prevenir violencia digital y fortalecer competencias tecnológicas seguras.
[3]	Promueve espacios seguros "Zero Violence" que incluyen la prevención de comportamientos agresivos online.
[16]	Aborda la prevención de violencia de género, incluida la ejercida mediante redes sociales entre adolescentes.
[5]	Examina factores emocionales vinculados al bullying, incluyendo modalidades de ciberacoso.

La Figura 2 muestra la distribución de casos o intervenciones identificadas en la revisión sistemática según el ámbito donde se manifiestan los episodios de violencia o donde se ejecutan las estrategias preventivas: individual, familiar, escolar y comunitario. Los resultados permiten observar una concentración evidente en el ámbito escolar, con un total de 55 registros, lo cual es consistente con la literatura que señala a la escuela como el principal espacio de ocurrencia, detección y abordaje de conductas violentas. En segundo lugar, aparecen los factores e intervenciones centradas en el individuo (48), lo que refleja la relevancia de variables personales como la regulación emocional, la autoestima, el comportamiento impulsivo y la victimización previa.

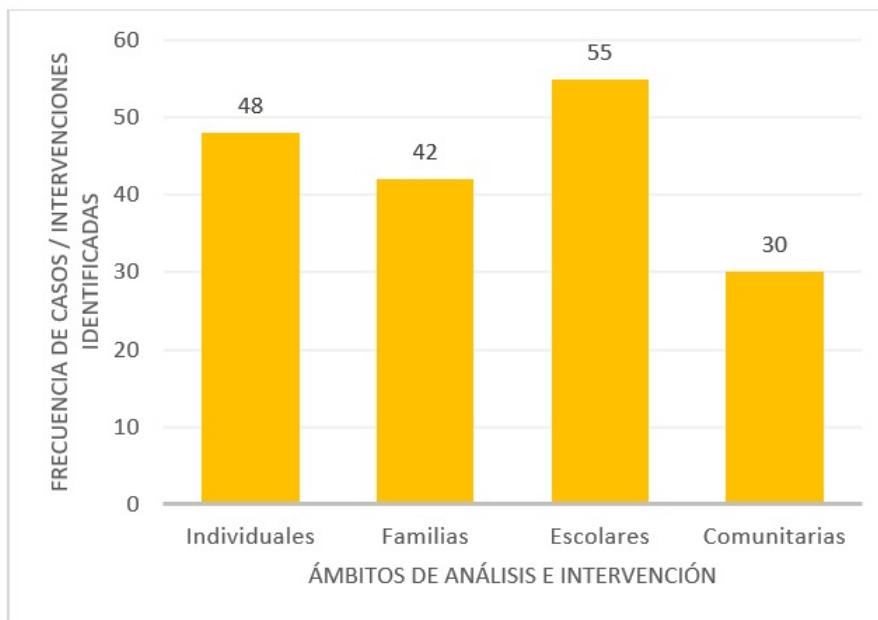


Fig. 2. Frecuencia de Factores de Riesgo en Estudios (n=65).

El ámbito familiar registra 42 casos, mostrando que, aunque menos visible en comparación con el escolar, el entorno doméstico continúa siendo un componente estructural en la aparición de la violencia, especialmente en relación con la dinámica disciplinaria, estilos parentales disfuncionales y exposición a conflictos. Finalmente, el nivel comunitario presenta el menor número (30), indicando que este tipo de violencia se analiza con menor frecuencia desde una perspectiva contextual amplia, pese a que los estudios enfatizan que la cohesión social, la seguridad del entorno y la presencia de redes de apoyo inciden de manera significativa en la reproducción de patrones violentos.

La distribución sugiere que la violencia escolar es un fenómeno multicausal que requiere interven-

ciones integrales y articuladas entre escuela, familia, comunidad y atención individual. El predominio del ámbito escolar revela la urgencia de fortalecer estrategias preventivas institucionales, mientras que los menores niveles en los otros ámbitos alertan sobre vacíos que deben ser atendidos para lograr una comprensión verdaderamente sistémica del problema.

La Figura 3 presentada muestra la distribución de las principales manifestaciones de violencia escolar identificadas en la revisión sistemática, permitiendo comparar su prevalencia relativa dentro de los estudios analizados. La violencia verbal aparece como la forma más recurrente con 60 registros, lo cual coincide con la literatura que señala su carácter cotidiano, normalizado y frecuentemente invisibilizado dentro de la dinámica escolar. Le sigue la violencia psicológica (58), evidenciando que las agresiones emocionales, como humillaciones, exclusión y amenazas, constituyen un componente crítico en la experiencia de víctimas y agresores. Por su parte, la violencia física muestra un nivel considerablemente menor (35), lo que sugiere que, aunque más visible y sancionada, no representa la forma predominante en entornos educativos. Finalmente, el ciberacoso (40) ocupa un lugar intermedio, reflejando el crecimiento sostenido de las agresiones mediadas por tecnologías digitales y la ampliación del espacio de vulnerabilidad más allá del aula. En conjunto, la figura reafirma que la violencia escolar es un fenómeno multidimensional, en el que las expresiones no físicas adquieren una centralidad significativa que demanda estrategias de prevención específicas y sensibles a las dinámicas relationales entre estudiantes.

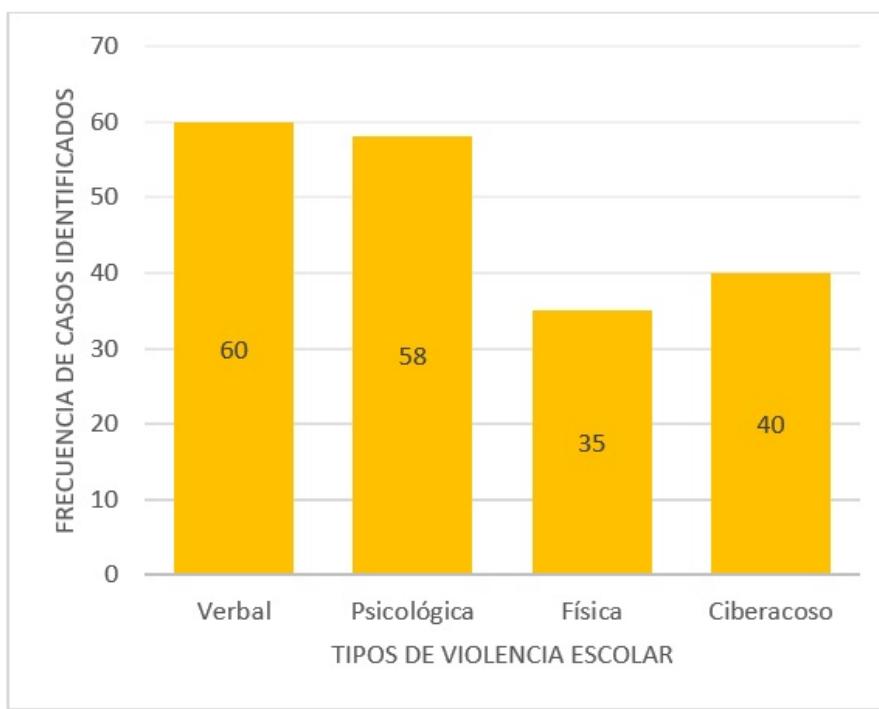


Fig. 3. Frecuencia de Manifestaciones de Violencia Escolar (n=65).

A. Discusión

Los resultados de la revisión confirman que la violencia escolar es un fenómeno estructural, configurado por la interacción de factores individuales, familiares y escolares que se entrelazan de forma dinámica. En el plano personal y familiar, diversos estudios muestran que la combinación de estilos parentales autoritativos o inconsistentes, déficits en la autorregulación y antecedentes de victimización o violencia doméstica incrementa significativamente la probabilidad de conductas agresivas en la escuela [9]–[6]. Así, problemas de salud mental y dificultades en el manejo emocional se asocian tanto con el rol de agresor como con el de víctima [4]–[5], mientras que la exposición prolongada a violencia intrafamiliar y a relaciones parentales conflictivas contribuye a la normalización de la agresión como modo de relación [7]–[6]. Asimismo, factores socioculturales como las tensiones étnicas y las dinámicas de poder intergeneracionales, analizados en contextos familiares, complejizan los patrones de violencia que luego se expresan en el entorno escolar [12].

En cuanto a las manifestaciones, los estudios empíricos revisados indican que las formas verbales y psicológicas de violencia (insultos, burlas, exclusión, amenazas, rumores) tienden a ser más frecuentes

que la agresión física, aunque esta última se mantenga presente en determinados contextos [4], [1], [2]. La evidencia sugiere que estas modalidades “menos visibles” tienen consecuencias emocionales de alta intensidad sobre autoestima, sentido de pertenencia y trayectoria académica, especialmente cuando se combinan con vulnerabilidades previas derivadas del entorno familiar [4], [8], [6]. En este sentido, los hallazgos del estudio realizado en adolescentes peruanos [1] y del seguimiento del clima escolar en centros educativos chilenos [2] refuerzan la idea de que la violencia psicológica opera como un continuo cotidiano más que como un evento aislado, y que sus efectos se acumulan en el tiempo.

El análisis del entorno escolar muestra, de forma consistente, que el clima institucional, la claridad y coherencia de las normas y el rol del profesorado son determinantes en la escalada o mitigación de la violencia. Investigaciones sobre clima y políticas escolares evidencian que centros con estructuras participativas, normas explícitas y prácticas de convivencia sostenidas presentan menores tasas de agresión y mejor percepción de seguridad [2], [20]. En cambio, contextos con culturas escolares autoritarias, comunicación deficiente o aplicación discrecional de las normas tienden a reforzar la intimidación, la impunidad y la desconfianza entre estudiantes [1], [19]. Estos resultados respaldan los enfoques ecológicos que conciben a la escuela no solo como escenario donde ocurre la violencia, sino como agente con capacidad formativa y preventiva a través de sus normas, relaciones y dispositivos de apoyo [20], [13].

En relación con las estrategias de intervención, la revisión apunta a que los enfoques integrales y multicomponente son más efectivos que las respuestas aisladas o exclusivamente punitivas. Programas de aprendizaje socioemocional (SEL), intervenciones psicopedagógicas, dispositivos de acompañamiento y propuestas de socialización preventiva muestran impactos significativos en la reducción del *bullying* y en la mejora del clima escolar [13], [14], [16]. Los meta-análisis sobre programas anti-*bullying* indican reducciones sustantivas de la victimización y la agresión cuando las iniciativas se implementan de forma sistemática, con participación docente y familiar, y con seguimiento en el tiempo [14], [15]. Experiencias concretas como el *Zero Violence Brave Club* [3] evidencian que la construcción de espacios seguros, basados en normas colectivas explícitas y en el apoyo entre iguales, contribuye a disminuir la tolerancia social hacia cualquier forma de maltrato en la escuela.

Un aspecto emergente en los resultados es el peso creciente de la violencia facilitada por tecnologías digitales. Estudios recientes describen cómo el uso intensivo de dispositivos y plataformas en secundaria ha abierto nuevas vías para la agresión, el control y la humillación entre pares [5], [17]. La violencia digital se caracteriza por su carácter persistente, su alcance ampliado y la dificultad para delimitar fronteras entre escuela y hogar. Al mismo tiempo, la evidencia muestra que la formación específica del profesorado en detección y prevención de violencia digital mejora de manera significativa su capacidad de intervención temprana [18]. En esta línea, iniciativas de socialización preventiva frente a la violencia de género en contextos educativos incorporan de manera creciente la dimensión online, reconociendo que los guiones relacionales y los imaginarios de poder también se reproducen en redes sociales y entornos virtuales [3], [16].

Los estudios revisados convergen en señalar que la violencia escolar no puede abordarse como un problema exclusivamente individual ni como un mero asunto disciplinario. Se configura en la intersección de trayectorias familiares atravesadas por distintos tipos de violencia [9]–[12], climas escolares más o menos protectores [1]–[20] y políticas de intervención que, cuando son coherentes, integrales y sostenidas, logran disminuir tanto las manifestaciones físicas como las psicológicas y digitales [13]–[16]. Persiste, sin embargo, la necesidad de fortalecer diseños metodológicos longitudinales y comparativos, que permitan valorar con mayor precisión los efectos de los programas en el largo plazo y en distintos contextos socioculturales. Esta agenda futura es clave para consolidar modelos de prevención que articulen familia, escuela y comunidad, y que integren de manera explícita la dimensión digital como parte constitutiva de la experiencia escolar contemporánea.

CONCLUSIONES

Los resultados obtenidos permiten afirmar que la violencia escolar constituye un fenómeno sistémico cuya comprensión exige integrar múltiples dimensiones analíticas. La evidencia muestra que la interacción entre factores individuales, familiares, institucionales y comunitarios configura escenarios diferenciados de riesgo, lo que confirma la pertinencia de un enfoque biopsicosocial y ecológico para su abordaje. Esta perspectiva reafirma que las expresiones de violencia en los espacios educativos no responden a incidentes aislados, sino a patrones relationales sostenidos por dinámicas de poder, desigualdad y vulnerabilidad.

Uno de los hallazgos más relevantes del estudio es la predominancia de la violencia verbal y psicológica por sobre la física, lo que revela un desplazamiento hacia formas más encubiertas, simbólicas y persistentes de agresión. Estas expresiones, aunque menos visibles, presentan consecuencias profundas en la identidad, la pertenencia y el bienestar emocional del estudiante, lo que evidencia la necesidad de fortalecer mecanismos institucionales de detección temprana y acompañamiento.

El análisis también confirma que el clima escolar, la claridad normativa y el rol docente son factores decisivos en la persistencia o mitigación de la violencia. Las instituciones educativas que promueven participación, cohesión, justicia relacional y acompañamiento presentan menores índices de agresión, lo que valida la influencia del ambiente escolar como agente protector o de riesgo.

De manera que, las intervenciones revisadas demuestran que los enfoques integrales, particularmente aquellos basados en alfabetización emocional, mediación, participación comunitaria y acompañamiento continuo, resultan más efectivos que las acciones punitivas o aisladas. La reducción sostenible de la violencia demanda consistencia, continuidad y una acción colaborativa entre familia, escuela y comunidad. En este sentido, futuras investigaciones deberán profundizar en evaluaciones longitudinales, incluir enfoques interculturales y explorar herramientas digitales para prevención e intervención, especialmente frente al aumento del ciberacoso y las nuevas formas de violencia mediada por tecnología.

REFERENCIAS

- [1] R. Romero-Vela, D. Ochoa-Tataje, L. Ponce-Yactayo, and M. Cueva-Vergara, "School violence among adolescents in Peru," *Revista Brasileira de Educação*, 2025, doi: 10.22347/2175-2753v17i54.4361.
- [2] V. López, J. González, D. Contreras-Villalobos, R. Benbenishty, and J. Torres-Vallejos, "Evolution of school climate and school violence in Chile," *Estudios Socioeducativos*, 2025, doi: 10.1590/ES.292590.
- [3] E. C. Sevilla, P. Melgar, O. Ríos, I. Tellado, and M. Canal, "The zero violence brave club: Creating safe and brave spaces to prevent violence in schools," *Discover Education*, 2025, doi: 10.1007/s44322-025-00031-2.
- [4] L. Bevilacqua *et al.*, "Mental health problems as predictors of bullying involvement," *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 2021, online: <https://pmc.ncbi.nlm.nih.gov/articles/PMC12026783/>.
- [5] D. Espelage and J. Hong, "Risk factors and emotional regulation in school violence," *Educational Psychologist*, 2020, online: <https://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:1793914/FULLTEXT01.pdf>.
- [6] C. Sousa *et al.*, "Domestic violence exposure and emotional regulation," *Trauma, Violence, & Abuse*, 2020, doi: 10.1177/15248380241270063.
- [7] L. A. Mieltyinen, N. Ellonen, and M. Fagerlund, "Intimate partner violence as risk factor for child maltreatment," *Journal of Interpersonal Violence*, 2025, doi: 10.1177/08862605241289476.
- [8] A. Buchanan, A. Borgkvist, and N. Moulding, "Healthy relationships after growing up in domestic violence," *Journal of Family Violence*, 2025, doi: 10.1007/s10896-023-00647-y.
- [9] A. Abdillah, A. Zurqoni, S. Saugi, and A. Sutoko, "The role of authoritative parenting and self-regulation in controlling adolescent aggressiveness," *International Journal of Evaluation and Research in Education*, vol. 14, no. 1, 2025, doi: 10.11591/ijere.v14i1.26650.
- [10] M. Pinquart, "Parenting styles and child aggression," *Psychological Bulletin*, 2017, online: <https://psycnet.apa.org/buy/2017-18450-004>.

- [11] M. Hoeve *et al.*, "Parental supervision and adolescent aggression," *Journal of Youth and Adolescence*, 2020, online: <https://cyberleninka.ru/article/n/english-18>.
- [12] B. Johnson, L. Andersson, and R. Svensson, "Ethnicity and child-to-parent violence," *Journal of Family Issues*, 2025, doi: 10.1177/0192513X251356264.
- [13] M. Florindo and L. Barros, "Psychopedagogical interventions in violence," *Psychology in the Schools*, 2021, online.
- [14] J. Durlak *et al.*, "The impact of sel programs on school violence," *Child Development*, 2020, online: <https://casel.s3.us-east-2.amazonaws.com/impact-enhancing-students-social-emotional-learning-meta-analysis-school-based-universal-interventions.pdf>.
- [15] D. P. Farrington and M. M. Ttofi, "Anti-bullying program effectiveness: A systematic review and meta-analysis," *Criminology*, 2021, online.
- [16] P. Melgar-Alcantud, L. Natividad-Sancho, G. Merodio, and C. García-Yeste, "Preventive socialization of gender-based violence in educational contexts," *Gender and Education*, 2025, doi: 10.1080/09540253.2025.2544526.
- [17] S. Almanssori, A. A. Aderinto, and L. Paskaran, "'it feels like a prison': Technology-facilitated violence in secondary schools," *Journal of Youth Studies*, 2025, doi: 10.1080/02673843.2025.2536798.
- [18] B. Dudić-Sijamija, I. Silajdžić, and A. Adilović, "Professional development for preventing digital violence," *DESIDOC Journal of Library & Information Technology*, 2025, doi: 10.14429/djlit.19871.
- [19] C. Bradshaw, "School policies and zero-tolerance effectiveness," *Educational Researcher*, 2021, online.
- [20] D. Cornell and F. Huang, "School climate and violence reduction," *School Psychology Review*, 2021, online.

AUTORA



Rosa Hivane Liviapoma Timoteo es docente de Educación Secundaria en la especialidad de Lengua y Literatura, egresada de la Escuela de Educación Superior Pedagógica Pública de Piura. Cuenta con estudios de bachiller en Educación.